

MADRE
DESCONOCIDA

MADRE DESCONOCIDA

DONDE LOS VIENTOS DUERMEN

ANDRES LASZLO SR.

Copyright © 2020 Andres Laszlo Jr.

PRIMERA PARTE

ATARDECÍA ya cuando la policía lo puso en libertad. Cuando el oficial de guardia se hubo excusado con evidente desagrado y por mera formalidad, uno de los funcionarios de turno le devolvió los cordones de sus zapatos, la corbata, la maquinilla de afeitar y, luego, lo acompañó hasta la puerta.

Ya en la acera, Kurt mordió en el vacío el viento de diciembre, se levantó el cuello del gabán y dirigió lentamente sus pasos hacia el zoco. Obscurecía perceptiblemente, como si el clima se obstinase en convencer a aquella villa de que formaba parte de África. En cuanto se sintió fuera del campo visual de la comisaría, Kurt apretó el paso, ya que el tranquilo andar que se había impuesto hasta entonces estaba destinado a la mirada que acaso estaba observándolo desde alguna ventana. Comenzó a andar por la amplia avenida orillada de palmeras y luego torció de repente hacia una empinada calleja. Vio entonces fugazmente el Estrecho, así como las luces de Trafalgar, que llegaban hasta él desde la ribera opuesta. Involuntariamente echó a correr y se deslizó por la pendiente, temeroso incluso del rumor de sus propios pasos, hasta que, al llegar al Zoco Grande, los violentos latidos de su corazón le obligaron a detenerse. Le temblaban las manos; el sudor empañaba su frente; sentíase al borde del mareo. Muy cerca de él, un león de piedra con aspecto bonachón vomitaba agua en un cuenco sonoro. Kurt optó por sentarse sobre el lomo de la fiera, y descansó mientras el alegre murmullo del agua sosegaba sus nervios y el viento levantino secaba el sudor de su frente. Luego se ató pausadamente los zapatos, se puso la corbata y encendió un cigarrillo.

Cuarta Parte

No le seducía mucho que lo detuvieran; es más, esto, últimamente, le ponía cada vez más incómodo. Y, si por casualidad, los guardianes del orden público lo dejaban tranquilo durante un par de semanas, experimentaba la sensación de que todo era una añagaza o todo se debía a una precipitada generosidad que le resultaría muy cara en cuanto la próxima oportunidad se presentase.

Miró hacia atrás, por la breve calleja empinada, pero no vio a nadie. En el mercado, las tiendas que seguían abiertas parecían guiñarse los ojos con muda y soñolienta comprensión. En el extremo opuesto de la plaza, unos encantadores de serpientes hacían llegar hasta él su musiquilla, si no en alas del viento, sí en las de una neblina casi imperceptible.

“A fin de cuentas acabaré haciéndome espía — pensó, irritado, y añadió —: ¡Si por lo menos supiera cómo empezar!”

Rápidamente enumeró para sí mismo los países dignos de ser tomados en consideración y a los que él podría honrar con sus servicios personales, pero renunció en seguida a ello. Dióse cuenta de que las pocas y humildísimas nacioncillas por las que sentía simpatía no podían sufragar los gastos de un servicio de información. Por otra parte, sabía también que estas ideas descabelladas sólo se debían a una sed de venganza meramente infantil.

Como el león resultaba demasiado frío, Kurt se levantó y siguió su camino. Se detuvo, distraído, ante el conjunto musical.

“Sí, me molestan cada dos por tres, sospechan de mí, pero es porque tanto mi comportamiento como mi defensa son equivocados. No protesto contra sus acusaciones como lo haría un inocente, sino que me defiendo con tesón y habilidad, como un auténtico culpable. Esta debe ser la causa, ésta y ninguna más”.

Ante él, en cuclillas sobre una estera hecha jirones, dos moros batían sus tambores, un tercero manejaba un breve pito y un cuarto miembro del conjunto se dedicaba a la sencillísima operación de dejarse desgarrar los restos de su nariz y de los lóbulos de las orejas por una vieja e inofensiva cobra, enroscada en su cuerpo.

Había, además, otros dos espectadores: dos mujeres embozadas en sus albornoces, y que, cubiertas hasta los ojos, se entregaban en cuerpo y alma a aquel goce artístico.

“Hablaré con el Jefe de Policía — decidió resueltamente Kurt—. Aclararé mi situación de una vez y para siempre. Y si no logro verlo, le escribiré; sí, le escribiré a su domicilio particular”.

A este punto habían llegado sus pensamientos cuando notó que aquellas dos mujeres, en vez de contemplar la representación, le observaban a él con codiciosa intensidad. Arrojó medio franco sobre la estera y se alejó rápidamente, pues desagradables vivencias acababan de recordarle que aquellos ojos fascinadores podían ser los de una mujer desdentada, de edad más que avanzada o, peor aún, los de un varón con perilla.

Sólo tuvo que dar unos pasos para llegar al Zoco Chico, estrechísima calleja donde los múltiples puestos de cambistas hacían casi impracticables las aceras. Allí actuaban intensamente los últimos “banqueros libres” de Europa, solicitando, ofreciendo y pregonando valores, divisas y monedas de oro. Sin siquiera mudar el paso, Kurt se enteró de la cotización de la peseta y del dólar. Luego, entró en el Café Neutral, donde, al cabo de un rato, vio al detective que lo había detenido por la mañana. Sentado junto a la barra, estaba jugando al póker con un joyero francés. En cuanto lo distinguió, el policía descendió de su taburete y se dirigió presurosamente hacia él. Azulados los labios, Kurt le chilló:

—Y Prometió, ¿dónde está?

—Te ha esperado hasta ahora. No hará cinco minutos que se ha marchado. Me ha dejado esto para ti...

Con un gesto de ira, Kurt arrebató los tres rollitos que le tendía el policía, se los metió en el bolsillo y siguió su camino luego de haberle ordenado con una mirada que le siguiera. El detective obedeció con evidente desgana, mas pareció cambiar inmediatamente de parecer, pues cuando Kurt cruzó la puerta, éste ya se apresuraba, temeroso de perderlo de vista, por entre la muchedumbre que a aquella hora solía abarrotar la plazoleta. Pero su inquietud resultó vana: Kurt le aguardaba afuera, abiertas las piernas y centelleante la mirada:

—¡Hijo de perra! ¡Cerdo! ¿A qué viene eso?—rugió.

—He cumplido con mi deber — contestó Miniti, el detective, intentando apaciguarlo.

—¡Que tu carroña sea pasto de los chacales, vergüenza de tus padres, maldición de tus hermanos! Conque te metes conmigo, ¿eh? ¡Ya me las pagarás!

El amenazado detective intentó cogerlo del brazo para llevárselo de allí, pues la gente empezaba a formar un corrillo en torno de ellos, pero Kurt se desasíó de un tirón y se alejó. Miniti permaneció un instante en su sitio, indeciso, y, luego, imponiéndose una sonrisa, gritó en árabe, como si quisiera convertir en broma una disputa amistosa:

—*Laina maxi?*...

Pero, sin dignarse siquiera contestarle, Kurt desapareció en la esquina, camino del barrio moro. Tenía prisa; aún debía trepar por las calles un buen rato antes de llegar a su domicilio, en el monte Amar. Subía de tres en tres los escalones de aquellas estrechísimas callejuelas. Poco le faltaba ya para llegar a la cumbre, cuando el detective logró alcanzarlo y lo siguió entonces en silencio, optando por callar, pero no porque hubiese perdido el resuello como él. Poco después, caminaban por el paseo que coronaba el monte, el más hermoso, aristocrático y callado lugar de Tánger. Sólo abajo, en las honduras, rugía el Océano y le replicaban las rocas.

Por fin llegaron a una torre blanca, nívea, levantada en medio de un palmeral. Kurt hurgó en sus bolsillos, buscando la llave de su casa. El otro lo observó atentamente y, al ver que se ponía cada vez más nervioso, se llevó la mano a su propio bolsillo y sacó de él una llave, con la cual le abrió la puerta.

Kurt ni siquiera se sorprendió cuando el detective le franqueó el paso. Aunque estaba sumido en tinieblas, cruzó rápidamente el pequeño recibimiento y el estudio, y, avanzando en silencio, se acercó a la cortina que hacía las veces de puerta de la alcoba. Disponíase a aguzar el oído, cuando llegó a él un ronquido que le hizo proseguir su camino. Buscó a ciegas en el cajón de la mesita de noche y sacó una lámpara eléctrica. Luego, cuidando siempre de no despertar al que dormía, salió con el otro al jardín, en cuyo lugar más recóndito, había dos palomares. Entonces Kurt iluminó una de las dos entradas, suspiró, aliviado, apagó la luz y dijo como para sí:

—¡Qué suerte! Hace por lo menos una hora que han llegado.

Kurt tenía un brazo metido en el palomar. Luego de breve búsqueda, extrajo una enorme paloma mensajera. Sin decir nada, le entregó la lámpara

al detective y éste la enfocó cuidadosamente hacia el ave, que intentaba desasirse de la mano que la apresaba. Kurt miró inquieto hacia la casa y levantó un ala de la paloma; apareció entonces, con un destello, un rollito de papel sujeto con un fino alambre. Lo soltó y devolvió el ave al palomar, y repitió luego la operación con otras dos. Después, mientras el detective examinaba el contenido de los rollos, Kurt se dirigió hacia el otro palomar, cuya entrada estaba cerrada por una puertecita; sacó sucesivamente tres palomas, a las cuales sujetó los rollos que le habían entregado en el Café Neutral, las soltó y desaparecieron éstas en la noche, hacia Levante. El detective le devolvió los rollos vacíos, sin hacer ningún comentario, y ambos se dirigieron hacia la puerta del jardín, evitando el edificio por indicación de Kurt. Ya ante la puerta, Kurt dejó que el policía se fuera sin tenderle siquiera la mano, y no hubiesen cruzado palabra alguna si, desde la calle, el detective no le hubiera dicho:

—Creo que por esta semana ya hemos terminado...

—No creas nada, buitre. No puedo decirte nada hasta mañana. Si te atreves, ve a desayunarte al Café París. Pero infórmate antes de en dónde y cuándo se puede visitar a tu ilustre jefe. Ahora, lárgate, que tu mujer empieza a sospechar que no estás en casa.

Y cerró la puerta de golpe.

Luego se dirigió rápidamente hacia la alcoba y encendió la luz. En el estrecho y largo sofá, junto a la cama, dormía, con las piernas separadas tocando el suelo, un negro gigantesco. El estrépito de sus ronquidos sobrepasaba los límites de la corrección, y resoplaban por las ventanas de su nariz como un pura sangre que acaba de ganar el Derby. Kurt intentó varias veces despertar al mameluco, mas, al resultar vanos sus esfuerzos, optó por golpear el gongo que se hallaba junto al lecho, con lo cual logró un resultado inmediato. El gigante se levantó de pronto y saludó a su amo con una repentina sonrisa cuajada de dientes y remordimientos.

—Creo que me he dormido, *Monsieur*...

—Sería lo de menos, si lo hicieras en tu sitio. Ya te he dicho más de mil veces que no quiero que te estés en mi alcoba — gruñó Kurt.

—Es la última vez que ocurre, *Monsieur* — dijo por fin, quebrando el silencio que se había helado entre ellos; y como, al hablar, su mirada se detuvo en la esfera del despertador, se volvió, asustado, hacia su amo y dijo

—: Ya han dado las nueve, *Monsieur...* Hace rato que debía haber salido... —pero al llegar a este punto calló repentinamente presa de dudas respecto a la responsabilidad de aquel retraso. ¿Era suya, por haberse dormido, o de su amo por haber salido? Mas este no estaba de humor para aclarar cuestiones de esta índole: con voz dura ordenó:

—Lárgate volando, que a lo mejor ya se ha cansado de esperarte o se figura que no vas. ¡A ver si recuperas el tiempo perdido! — Y luego de acompañarlo hasta la puerta, añadió como despedida —: Ten cuidado: no hay ni una nube... Arréglatelas para estar de regreso antes de las cuatro... Y... que tengas suerte...

Cuando el negro hubo desaparecido, Kurt volvió a entrar en la casa. Su primera labor fue abrir de par en par la ventana de la alcoba, ya que el recuerdo físico del negro flotaba en el ambiente bajo la forma de un olorillo acre. Luego se desnudó, tomó una ducha tibia y se deslizó en su cama con toda la velocidad que le permitía su fatiga. Recordó entonces que no había comido en todo el día, pero no se sintió con ánimos de levantarse, y abrazó amistosamente su almohada y le comunicó, semidormido, confidencialmente, su repentina decisión: “Mañana hablaré con el comisario de policía... Cuando sea mayor, ya les daré yo a esos perros sarnosos...”

DORMÍA, aparentemente, con la conciencia tranquila, e incluso llegaba al final de un largo sueño feliz, rebotante de acontecimientos: Hallábase ante una celda abarrotada de policías que hincaban los dientes en un enorme emparedado, mientras unas manos descarnadas se tendían, suplicantes, hacia él, a través de los barrotes; luego, cuando extrajo otro bocado de uno de sus bolsillos, una paloma negra se le posó en el hombro, y cortó definitivamente el sueño. Volvióse del otro lado y siguió durmiendo.

Mientras, el negro, a través de las más tenebrosas callejas, salió de la ciudad. Al llegar a un matorral conocido, se quitó el gabán, lo escondió entre las ramas y prosiguió luego su camino, casi invisible en la noche. Al cabo de unos doscientos metros redobló su cautela, pues estaba en la zona internacional, donde eran harto frecuentes las patrullas tardías. Aun le

quedaban por recorrer unos doce kilómetros antes de que alcanzara su meta, Barch, en la frontera del Marruecos español, donde solía encontrarse con su socio de Tetuán, que ya debía estar esperándole con impaciencia. En cuanto hubo cruzado aquella zona de peligro, apresuró el paso, mientras intentaba dominar su descontento y su miedo.

Le dolía que su amo le hubiese sorprendido en su alcoba, y se decía: “Si supiese que es el único lugar de la casa donde puedo descansar de verdad, seguro que se comportaría de otro modo.” Al negro no le agradaba dormir en el taller donde las estatuas le aterrorizaban. Cuando ingresó en aquella casa y quedó estipulado dónde tendría su yacija, estaba convencido de que, al anochecer, las estatuas cobrarían vida y se pondrían a trabajar honrosamente, no sólo por cuenta de su creador, sino también por su propia dicha física. Ya se había propuesto más de una vez plantear el caso ante su amo, pero siempre había tropezado con el orgulloso pudor que separa tan a menudo al ferviente creyente del hereje profano. Además, tenía también tristes recuerdos con respecto a discusiones de índole teológica, ya que si éstas no le habían hecho desgraciado, por lo menos le habían convertido en un pesimista, y eran, por añadidura, causa de su destierro. Ello había tenido efecto en Guinea, su tierra, hacía poco más de un año y medio, entre un fiscal español y él mismo. Aunque él fue una de las personalidades más respetables de su tribu, y a pesar de que el motivo de la acusación no podía considerarse como un crimen, sino, muy al contrario, como práctica religiosa, pálido y terco, el juez le había condenado a muerte, a pesar de su insistencia en explicarle que no había comido carne humana para llenarse el estómago, sino para cumplir con un severísimo rito ancestral. En fin, ni los testigos, que por docenas declararon que era vegetariano desde niño, ni el hecho de que no había sido carne de hombre, sino de una criatura, de una niña, de una niña tan pequeña que ni siquiera se la podía aprovechar para el trabajo, lograron torcer la decisión del juez, que lo había condenado a ser ejecutado como si a un hombre le sobrasen existencias. Por puro milagro logró escapar, y huyó a Tánger, en espera de la victoria alemana, pues tenía entendido que los alemanes, idólatras como él, serían más humanos con los indígenas y ahuyentarían los elementos católicos.

Se sentía unido a su amo, el escultor, por una especie de instinto, aunque no llegase a comprenderlo muy bien.

Cuarta Parte

Advertía en él al hombre salvaje. Cuando entró a su servicio creyó que era brujo, creencia ésta que, con el decurso del tiempo, se fue democratizando hasta convertirse en un sentimiento más íntimo, en afecto. No era fácil definir sus relaciones, precisamente por lo extraordinarias. No cobraba sueldo alguno, ni lo pretendía. Tampoco se le daba el sustento, ya que el escaso dinero que para ello habría sido necesario se lo ganaba con el par de medias de *nylon* que llevaba consigo en cada una de esas correrías, y que, pagadas a setenta y cinco pesetas en Tánger, vendía por cien a su socio en la línea fronteriza. Sus necesidades se habían ajustado a las de los moros, comparados a los cuales, los japoneses, con su conformidad, resultaban verdaderos sibaritas. Su yacija no era motivo de mucho agradecimiento, porque él era quien hacía la mayor parte del trabajo de su amo. Pero, ¿qué más se podía hacer por un negro?

El negro moviase en un mundo extraño, cruzando raras praderas por la noche, y todos los seres vivientes resultaban inofensivos: no había ni lince, ni jaguares, no había cuadrúpedo que lo perjudicase, ni serpientes venenosas, ni insectos que lo acechasen con sus agujijones emponzoñados sólo debía temer al hombre, sólo debía guardarse del hombre.

No es que tuviera prejuicio alguno con respecto al hombre blanco, ni que lo juzgara; pero en verdad resultaba difícil entenderlos. Todos, sin excepción, tenían siempre prisa, aun cuando sabían andar despacio, como él mismo lo había observado en varias ocasiones. En pleno mediodía, en las horas más calurosas, se dirigían velozmente a los cafés, y cuando morían, se hacían llevar tan lentamente que él tenía que huir de los coches fúnebres tapándose las narices.

“Acaso es porque tienen más pequeñas las ventanas de la nariz”, decíase como conclusión de sus meditaciones, aunque sólo para caer en otro dilema, ya que no acababa de entender a qué venían aquellos juegos con las palomas. ¿Por qué le hacía llevar aquellas tres palomas, si las cambiaba por otras tres en la frontera? Oscurecía aún más las cosas el hecho de que las que le daban eran exactamente iguales, tanto en color como en tamaño y forma, a las que él entregaba. Resultaba incomprensible. En un principio las había examinado detenidamente, por si llevaban algún papel, alguna señal entre las plumas, debajo de las alas, hasta había llegado a palparles el buche, pero siempre en vano. “Puede que sea alguna superstición”, se dijo.

Empezó a lloviznar quedamente y, a eso de la medianoche, el negro alcanzó la frontera. Llegó precisamente cuando el otro se disponía a regresar a Tetuán sin haber cumplido con su cometido. Canjearon las palomas, así como el par de medias, pero éstas por un billete de cien pesetas, y volvieron a separarse. No había luna que pudiese delatarlo, y llovía, con lo cual tanto la policía como los aduaneros procuraban guarecerse. Todo le había salido a pedir de boca. Luego de pensar un instante, eligió un sendero peligroso, dado el tiempo propicio, que acortaba su camino en unos tres kilómetros. Finalmente, con el propósito de eludir nuevos quebraderos de cabeza, se puso a canturrear, cosa ésta que había aprendido en el curso de sus caminos sin camino, durante aquellas noches oscuras entre Tánger y Tetuán.

A la mañana siguiente Kurt fue a la comisaría, pero al llegar ante ella, entró en el *Café Paris*, tanto para desayunarse como para pensar lo que tenía que decir y prepararse para el trance. Consideraba llegado el momento de acabar con su fama de espía. Expondría con toda claridad que si vivía en Tánger era porque, al tratarse de un territorio internacional, donde no había ni un solo soldado, no podría tomar parte en la guerra — a la que odiaba cordialmente—, aunque quisiera hacerlo. Declararía que el mes de agosto del 39 le había sorprendido en París, donde, luego del fracaso de su única actuación política, había resuelto no oír hablar más de este arte. En efecto, en la terraza del café Dome, de Montparnasse, había redactado entonces tres cartas dirigidas a Hitler, Mussolini y Chamberlain, en las cuales les ponía en guardia contra la estupidez de la guerra. Durante una semana entera había estado esperando respuesta, no hay que decir que sin el menor resultado, hasta que perdió, paulatinamente, toda paciencia y se fue a Tánger con los restos de su pasaporte en la misma fecha en que se declaró la guerra. Ya estaba a medio camino cuando recordó que había olvidado poner sus señas en las cartas. Sin embargo, tal descubrimiento no fue suficiente para torcer su decisión: siguió su camino.

Había llegado sin dinero, y, el primer año, se había defendido haciendo caricaturas de yeso, para lo cual tenía un singular talento; las esbozaba en

las terrazas de los cafés y las terminaba antes de que se hubiese fraguado la escayola. Pero su clientela, compuesta por turistas y marinos, fue menguando a medida que la contienda se extendió por el mundo. Al principio del segundo año se encontró abocado a una grave crisis económica, y más de un día no tuvo dinero ni para comer castañas.

Por pura casualidad dio con un compatriota residente en Tetuán, con quien organizó aquella modalidad de contrabando mediante palomas mensajeras. El tal individuo debió haber trabajado en alguna entidad bancaria, pues estaba enterado, como sólo los iniciados, del simple hecho de que, en cualquier país de divisas libres, la moneda de cualquier país libre vale del cuatro al cinco por ciento más que en un país sometido a la economía cerrada. Por muy raro que pareciera, un billete de cien dólares valía más, en pesetas, en Tánger, que en Tetuán, que estaba solamente a cincuenta y nueve kilómetros. Como pareció que el compatriota disponía del capital inicial, empezaron el negocio, confiando los dólares, así como las pesetas que a cambio de éstos lograban, a las palomas mensajeras que, además de ser de toda confianza, resultaban muy baratas. Las aves eran veloces, con lo cual se precavían incluso contra las posibles fluctuaciones de la moneda. El negocio rendía de cien a ciento cincuenta dólares mensuales por socio, lo que permitía vivir holgadamente en Tánger.

En cuanto a su hermosa casa, aunque resultaba un poco complicado llegar a ella, la había conseguido casi regalada. Desde entonces vestía con elegancia impecable y había dejado de hacer caricaturas de escayola.

En realidad, no era de extrañar que todos lo tomaran por espía, incluso Miniti, el detective, que sentía por él un auténtico afecto. Una sola palabra de Kurt habría bastado para hacer feliz a aquel ejemplar de lujo de la fauna marroquí, al inquebrantable guardián del orden público, pero la palabra no se le ocurría nunca, y ni siquiera se suponía que fuera capaz de pronunciarla. No por malas intenciones el detective le amargaba continuamente la existencia, sino a causa de la compleja resultante de una serie de sentimientos que ni siquiera aparecían del todo claros ante sí mismo. Era un muchacho de sangre muy mezclada, de orígenes moro, árabe y judío, y por si fuera poco, su madre era de sangre y habla españolas. Uno de los rasgos fundamentales de su naturaleza era su terror pánico de hacer el ridículo. Lo temía más ante su jefe que las consecuencias de un fracaso rotundo. A pesar

de que la ciudad temiese por su independencia, debido a la peligrosa vecindad de Gibraltar y a la masa de elementos con dudosos medios de vida, que se aglomeraban en ella, Miniti hubiese hecho gustosamente la vista gorda incluso sobre las “delicadas” actividades de Kurt, si éste se hubiera prestado a ser más sincero con él. No obstante, el escultor no podía sincerarse, ya que no tenía nada, absolutamente nada que esconder, y era verdaderamente una pena que desconociese el punto flaco de su verdugo, ya que con el más chabacano de los cuentos de espionaje se habría evitado innumerables sinsabores.

Muchas eran las cosas que Miniti no podía creer. Ya podía Kurt decirle a un camellero ciego que, a pesar de su prestancia, de su cultura y de su personalidad, se veía obligado a retratar, por las tabernas de Tánger, a los legionarios borrachos. Y, sobre todo, que hiciese creer a la abuela del diablo que de esta forma se podía vivir tan bien como para dedicarse al intercambio de billetes mediante palomas mensajeras. Aquellas aves eran, en efecto, causa de sus mayores quebraderos de cabeza, y por esto vigilaba siempre cuidadosamente la llegada y la salida de tales expediciones. “Seguro que allí hay gato encerrado”, se decía. De otro modo, ¿a qué venía tanta complicación cuando hubiese bastado poner los billetes en un sobre y mandarlos por el correo inglés? ¡Era, sencillamente, incomprendible!

En realidad, en ello se encontraba la clave de la situación ; allí se equivocaba el buen policía, ya que tanto Kurt como su colega de Tetuán no tenían la menor idea de que existiesen privilegios ingleses, ni de que éstos estuviesen garantizados incluso en tiempos de guerra. Además, aunque lo hubiesen sabido, era de temer que tampoco se hubieran atrevido a recurrir a esta posibilidad, pues les hubiese parecido excesivamente sencilla y, por lo tanto, irreal. Preferían ese complicado procedimiento de trasladar las palomas de fuera de su palomar de origen para evitar así las posibles tentaciones del árabe y el negro, y porque sabían, además, que la pena era muy distinta en el caso en que los aduaneros los sorprendieran con palomas o con divisas. Al fin y al cabo, por algo eran centroeuropeos.

Cuarta Parte

Aun no había acabado de desayunarse Kurt cuando Miniti se instaló a su lado sin saludarle siquiera, lo que se apartaba notablemente de sus costumbres. Con gesto hosco, visiblemente malhumorado, encargó un café con leche y se sumió inmediatamente en la lectura del diario de la mañana. Llegaba de la comisaría, directamente del despacho de su jefe, donde acababan de amonestarle vivamente por su error de la víspera. Llevaba en el alma todo el peso de las heridas que acababan de inferirle y, por su gusto, se hubiese dedicado a destrozarse con tenazas candentes las carnes de Kurt, tal como lo hubiesen hecho, un par de siglos antes, algunos de sus antepasados de la otra orilla. No se le ocurría que tal vez era cierto que se había precipitado en sus deducciones. Había estado rondando alrededor de la villa de Kurt, impulsado por el justo e irrefrenable deseo de sorprender a éste “in fraganti” en cualquier cosa. Por allí andaba cuando su desprevenida víctima salió de la casa, presuroso por llegar a una cita importante, cuando, de súbito, recordando que había olvidado afeitarse, volvió a entrar y se precipitó hacia el cuarto de baño. Como el tiempo apremiaba, en vez de recurrir a las acostumbradas hojas, sacó una maquinilla eléctrica, que le habían regalado con lo que pretendía ahorrarse el enjabonado. Enchufó el aparato y, tal como estaba, sin ponerse siquiera una toalla alrededor del cuello, puso manos a la obra ante el espejo. El aparato comenzó a zumbear delicadamente como un grillo enamorado que se frota las alas con alegría; pero ni los dientes ni las cuchillas dieron prueba de la menor intención de colaborar. Durante un rato, pacientemente, Kurt les dio vueltas a unos tornillos misteriosos, intentando hacer entrar en razón a aquella maravilla de la industria yanqui, pero logró tan sólo variar la música del artefacto que, por otra parte, siguió acariciando apaciblemente su rostro espinoso, hasta que, como si también se aburriese de aquella su actuación, emitió un par de chasquidos y calló, hastiada. Entonces Kurt dirigió una mirada a su reloj, y se encolerizó de repente; llevaba ya cinco minutos de retraso y aun no se había afeitado. Examinó la enmudecida cajita de baquelita y se puso a renegar de tal modo que cualquier sargento de caballería se habría sentido avergonzado; además, para su perdición, renegó en alemán. En aquel preciso instante, el perspicaz detective abrió la puerta de par en par y se hizo cargo de la situación en una fracción de segundo. Por fin se había presentado a él la tan anhelada oportunidad: Kurt con un micrófono en la mano. Ahora ya

podía irle con cuentos de palomas. Apoderóse del cuerpo del delito, detuvo a Kurt y se llevó a uno y otro a la comisaría. Allí hubiese continuado todavía Kurt si a uno de los colegas de más mundo no se le hubiera ocurrido pasar por aquella dependencia y reconocer la utilidad de la maquinilla.

Ahora, fingiéndose enfrascado en la lectura, Miniti rabiaba, sin poder hacer nada a causa de las consecuencias de su fracaso, mientras Kurt concluía la síntesis de su declaración, y le preguntó luego:

—¿Te has enterado de cuándo está tu jefe en su despacho?

—Está allí desde hace por lo menos una hora — contestó secamente el otro.

—¿Crees que me recibirá?

—No lo sé. En todo caso, lo supongo. Pero ve ahora, antes de que le lleven la firma.

Kurt llamó al camarero, pagó y se disponía a salir, cuando el policía le preguntó de improviso, con incipiente suspicacia :

—¿Qué quieres pedirle?

—El nombre de pila y la fecha de nacimiento de Mahoma...

—Gallea lo que quieras, que pronto te quitará las ganas de hacerlo. Si quieres enterarte, ya sabe que en tu tierra también fuiste miembro de una sociedad... de una sociedad secreta.

—¿De veras?

—¡Y tanto! ¿Acaso lo niegas?

—No pero pienso. Sólo se pueden negar hechos. Además, no fui jamás miembro de ninguna sociedad secreta o pública. Ahora bien, te agradecería que indicases de qué sociedad se trataba...

—Pues de... Espera... De algo así como anti... antisemita, ¿eso es, antisemita!

—Conque eso, ¿eh?

—¿Y qué son?

—¿Quiénes?

—Pues los antisemitas...

Kurt se quedó un instante pensativo, pero luego contestó de pronto, como quien recuerda súbitamente un verso:

—Los antisemitas son aquellos que odian a los judíos más de lo conveniente — y se compuso la corbata mientras se dirigía hacia la salida.

Cuarta Parte

Cuando empujó la puerta del edificio público, Kurt sintió que el corazón le latía en el estómago. Era la primera vez que por su propia voluntad franqueaba aquel umbral. Cuando se encontró en la escalera, sus piernas empezaron a ponerse tercas hasta tal extremo que tuvo que imponerse a ellas agarrándose al pasamano y tirando de sí. Ya en la antesala del comisario, cuando le hubo comunicado al ordenanza su nombre y el motivo de su visita, no le quedó más remedio que sentarse, pues se sintió repentinamente bañado en sudor y extrañamente fatigado.

Miró con envidia a uno de sus colegas: un legajo abandonado sobre una mesa y en cuya cubierta, en un sello de color lila, resaltaba un número colorado:

“También detienen a los legajos — pensó estúpidamente, y añadió —: Y no hay quién los defienda...”

En aquel preciso instante sintió una levísima picadura en una mano y se la golpeó rápidamente con la otra. Una vieja mosca alzó el vuelo, dio unas cuantas vueltas en torno a él, llenó la enrarecida atmósfera de la habitación con una musiquilla que bien era de agradecer, y luego se precipitó resueltamente en el lago del tintero. Kurt aprobó con un movimiento de la cabeza y pensó que, fie todos modos, no lo recibirían. “Sería mejor que me concediesen audiencia para otro día; en este estado no lograré nada”, pensó mientras sacaba una cerilla con el propósito de acudir en auxilio de la mosca, pero en este instante volvió el ordenanza y le indicó que lo aguardaban. Kurt abandonó la mosca a su destino suicida y franqueó la puerta del despacho del hombre que, para él, representaba el supremo poder terrenal, mientras la primera frase de la declaración que tenía que hacer cristalizaba ya en su pecho.

La sala era una típica habitación marroquí, con unos pocos muebles bajos, almohadones de piel rayada con listas de color, cimitarras y fusiles espantosamente largos, bandejas de latón cincelado, pero de bazar, y falsas aunque legítimas alfombras orientales luchaban por cierta unidad indefinida. Tras la mesa escritorio estaba sentado un enjuto caballero de aspecto latino, con gafas y el labio superior enmarcado por un fino bigote. Sobre la mesa, entre dos teléfonos, cartas sin abrir, fajos de documentos, tres gafas distintas, un vaso de agua y un bote de bicarbonato.

El caballero respondió escuetamente al saludo de Kurt, le indicó que tomase asiento en la silla que había frente a él y volvió a enfrascarse en los documentos que tenía en la mano. Kurt se sentó, cruzó las piernas y se llevó la mano al bolsillo para sacar un cigarrillo. Sonó uno de los teléfonos; el comisario cogió el auricular, dijo “sí” y volvió a colgarlo. Kurt sacó la mano del bolsillo, pero sin el pitillo: es más, incluso dejó de cruzar las piernas.

“Es una pena que no sea pariente mío”, pensó esforzándose en descubrir algún rasgo simpático en la persona que estaba sentada delante de él. El silencio se hacía molesto, y los instantes parecían largos minutos.

“Tal vez quiera aprendérselos de memoria”, se dijo, haciendo un esfuerzo de imaginación mientras lo poco que le quedaba de aplomo se volatilizaba irremediablemente como éter derramado en el suelo. En realidad parecía que el poderoso señor se había olvidado de su presencia, tan absorbido estaba en la lectura de un documento, que resultaba ser, ni más ni menos, una de las declaraciones de Kurt. Dios sabe cuánto tiempo habría durado aquella maldita situación si a Kurt no se le hubiera ocurrido romper el silencio diciendo: “Temo...”, y levantarse. Luego, al no recibir contestación a esta palabra, salió del despacho, retrocediendo lenta y silenciosamente. Ya en la antesala se detuvo un momento, se pasó la mano por la despejada frente, y le dijo al ordenanza que, ocupado en mondar una naranja, lo estaba mirando:

—Si llega a picarme, la ahogo en el tintero...

Naturalmente, ni siquiera mereció su respuesta.

TAMBIÉN pasó aquel año.

Anocheecía. Abajo, los barrios europeos se preparaban febrilmente para las fiestas de Noche Vieja, empeñándose en superarse los unos a los otros.

En el extremo de su taller, Kurt luchaba tercamente con un Hércules directamente esculpido en mármol. Trabajaba vestido de frac, como de costumbre, aunque jamás quiso dar las razones de este hábito. Y es más, había llevado su exageración hasta tal extremo que jamás se dejó convencer de que existiera tan noble indumento en cualquier otra importante ocasión.

En el otro extremo de la estancia el negro estaba tendido en un sofá, entre una Venus y una Minerva, distribuyendo hábilmente su atención entre su amo y el velador sobre el cual se hallaban dispuestos el whisky, el sifón y el hielo. Bastaba que el escultor soltase sus herramientas para que el negro apareciera a su lado y le ofreciese el vaso.

Aquéllas eran las horas más bellas de la vida del negro. Cuando su amo trabajaba él no temía a las estatuas y sentía, al mismo tiempo, que pertenecía a alguien, que dependía de alguien. Además, mientras trabajaba, el escultor era para con él mucho más amable que de costumbre, y también muchísimo más locuaz. Durante estas horas, doblemente fecundas, su deshilvanada cultura aumentaba notoriamente. Aquella tarde, por ejemplo, Kurt se había dedicado casi por completo a la divulgación de lo germano, ya que conocía el ardiente interés que su oscuro amigo sentía por los alemanes. Y este último, apasionado auditor, se había enterado de cosas inolvidables y jamás soñadas. Por ejemplo, que los alemanes eran hostiles a los judíos, porque, como éstos, se consideraban pueblo elegido de Dios, y que por jello querían mantener su hegemonía lo mismo que aquéllos; que convertían con igual facilidad la mantequilla en excremento, como el excremento en mantequilla, y que sabían elaborar jabones de primerísima calidad a base de polacos y judíos, restando poco mérito al asunto el hecho de que aún no fueran capaces de proceder a la inversa, si bien se suponía, aunque sin razonarlo, que aun no habían dedicado toda su atención a la realización de este último ideal. También se había enterado de que eran insuperables en materia técnica, que fabricaban los relojes más veloces y, entre otras muchas cosas, que habían inventado la cazadora y el Baedeker; que era un sabio alemán el que había descubierto que los bacilos pulmonares vivían en el mismísimo pulmón, demostrando de paso que éstos aborrecían la luz solar y el aire puro; que si no habían acabado por retirarle la nacionalidad alemana a Ehrlich era porque daba la casualidad de que su compañero Hata era japonés, pero que resultaba ya que el Salvarsán no era un medicamento tan milagroso como se había supuesto en un principio.

También había aprendido que, tomando todo esto en consideración, era verdaderamente justo que el pueblo alemán se hiciera con el mando del mundo, trámite que ya se habría realizado desde hacía mucho tiempo si este gran pueblo hubiese dado, en el pasado, con un jefe digno de él. Ahora ya

se había presentado la magna oportunidad: la nación incomprensible y engañada había logrado, mediante las más puras elecciones, el jefe que se merecía, jefe de mano fuerte que la llevaría, precisamente sobre las bases de sus valores raciales y espirituales, al lugar que le correspondía.

Embriagado, el negro se impregnaba de aquellos conocimientos multicolores sembrados con mano generosa, sintiéndose, con su corazón infantil, aún más cerca del anhelado libertador.

Los frascos de whisky se escanciaban con peligrosa rapidez y Kurt parecía inagotable en su objetiva exposición de los datos referentes a los alemanes. Ya debía de ser cerca de las diez; el negro se dirigía hacia la despensa para coger otra botella, cuando, de repente, sonó el timbre de la puerta. Ambos se miraron, sorprendidos, sobresaltados, ya que en aquella casa una visita inesperada significaba siempre, en todos los casos, alguna mala noticia. Por la mente de ambos cruzó repentinamente la idea de que acaso al detective se le había ocurrido importunarles otra vez, pero pensaron también, como pensamiento aparte, que Miniti disponía de llave propia. Pero Kurt arguyó para sí que quizá llamaba por discreción, pues era día festivo, y se encogió de hombros, mientras el negro se dirigía hacia la puerta del jardín, cogiendo de paso la llave que estaba colgada en el marco de la entrada.

Un tanto irritado, Kurt arrojó a un rincón el escoplo y el martillo y, luego, se dirigió presurosamente hacia su cuarto, donde se quitó el frac, se puso un guardapolvo y tuvo aún tiempo de echarse una bufanda alrededor del cuello, antes de salir al encuentro de la inesperada visita. Pero, al entrar en el estudio, se detuvo en seco, como si acabase de tropezar con un fantasma. El negro regresaba de la puerta llevando de la mano un chiquillo rubio no más alto que una bota. El rostro del caníbal reflejaba un feliz asombro, mientras las facciones del pequeño sólo estaban iluminadas por una sonrisa cortés. La mirada de la criatura se fijó, tranquilizadora, en la del escultor y le entregó una carta que llevaba en la mano derecha.

*

Kurt dio unos pasos hacia el recién llegado y tuvo que detenerse de pronto, pues experimentó la sensación de que ya no le quedaba una gota de sangre

en las venas; aunque en edición minúscula, aquel chiquillo era copia exacta de su propia persona. Finalmente, cuando se repuso un poco, logró preguntar con voz ronca y extraña:

—¿Cómo ha venido a parar aquí?

—No lo se, *Monsieur* — contestó sorprendido el negro, y añadió seguidamente —: Creo que lo han traído. Cuando llegué al portal, ya estaba solo. Ni siquiera habría podido llegar al timbre...

—¿No viste a nadie por allí cerca?

—Ni un alma, y eso que miré de verdad...

Entonces el escultor atrajo el chiquillo hacia sí y, aunque le hubiese gustado cogerlo en brazos, se quedó mirándolo cohibido. Finalmente, le preguntó en francés:

—¿A quién buscas?

Por toda contestación, el niño volvió a tenderle la carta. Entonces Kurt le hizo de nuevo la misma pregunta en castellano, en inglés y en italiano, logrando por toda respuesta que la criatura alargara cada vez más el brazo hacia él. Extrañado, cogió la misiva, pues durante el interrogatorio, se había fijado en que las señas estaban escritas en alemán. Rasgó el sobre y leyó:

“Lieber Kurt:

“Te mando a tu hijo, única razón de mi vida.

“No escribo, ni puedo escribirte la causa de mi renunciación pues con ello descubriría irremediamente mi personalidad, que quiero y mantendré eternamente en secreto por el bien de nosotros tres.

“Varias veces me dijiste, creyendo decirlo en broma, que un hijo te haría feliz si no tuvieras que soportar por ello la presencia de una mujer, ¿recuerdas? Ahí lo tienes, y me gustaría que te entendieras con él. Sólo puedo decirte que, por mi parte, no lo he logrado jamás, a pesar de que intenté todo lo humanamente posible. No ha conocido a nadie más que a mí, pero siempre he sido, y sigo siéndolo para él, una persona extraña.

“Quiérello, si es que puedes, y quiérello también por mí.”

*

Pensativo, Kurt se metió en el bolsillo el mensaje redactado en un alemán espantoso y, estremeciéndose, bajó la vista hacia el hombrecillo risueño. Sus

manos se dirigieron hacia la cabecita rizada para acariciarla, acaso en un ademán que debía transformarse en abrazo, pero, durante su recorrido, las manos modificaron su trayectoria y, llegando hasta su abrigo, ayudaron al chiquillo a deshacerse de él.

—*Danke schön* — dijo correctamente el recién llegado en el idioma materno de Kurt, que para éste empezaba ya a borrarse poco a poco.

“Ya lo acostumbraré”, pensó con decisión y, de repente, miró en torno suyo, buscando algo que hacer, aunque sólo fuera para deshacer, por lo menos, el triángulo isósceles que los tres formaban en medio de la habitación. De los otros tomó prestada una sonrisa y se le ocurrió que el visitante debía tener hambre.

Le hizo seña al negro de que le siguiese, cogió al chiquillo de la mano y lo condujo a la cocina, que hacía las veces de comedor. Instaló al niño en la cabecera de la mesa y, luego, dispuso sobre ella todo cuanto había de comestible en la casa. Kurt se sentía incapaz de hablar en alemán a la criatura, y le ofreció en silencio fiambres, conservas y pescado ahumado, mientras el negro hacía café, única cosa caliente que sabían preparar en casa.

Kurt estaba tan turbado que se sentía incapaz de llevar a buen término el menor pensamiento sensato; apretaba los dientes con tanta violencia que le dolían las mandíbulas y tenía tan agarrotada la garganta que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para tragar un par de bocados, mientras el chiquillo rechazaba uno tras otro los tesoros de la mesa y su risueña y pura mirada, si de vez en cuando se dirigía hacia el negro o a los pocos muebles extraños, volvía siempre, insistentemente, hacia su enmudecido padre.

“Deberíamos comprar leche, o quizá chocolate; al fin y al cabo, es muy pequeño todavía. Mandaré al negro que vaya a buscarlo”, pensó el escultor.

—Y trae también arroz — añadió por fin con voz alta, olvidando que hasta entonces sólo había estado pensando. Luego añadió tajante —: Ya partir de mañana, le enseñarás el francés, que de algún modo hemos de hablar con él.

A pesar de su corta mentalidad, el negro debió de comprender que se trataba de ir por leche, pues se puso a lavar una botella y desapareció después a toda prisa, dejando desesperadamente solos al padre y al hijo. El silencio se hizo aún más denso y llegó a ser casi insoportable la mirada escudriñadora del niño. Para no tener que contestar a aquellos ojos, Kurt se

Cuarta Parte

puso a abrir cuatro latas de conservas de frutas, todo ello con unas dificultades y un celo algo exagerados.

“Si comiese, quizá no me miraría tanto”, fue el pensamiento que cruzó su mente, seguido al punto por el recuerdo de que en el armario de su alcoba guardaba una lata de piña tropical, su golosina predilecta, difícil de encontrar en aquellos tiempos, aunque fuese en conserva, último tesoro que guardaba celosamente para cuando celebrase la conclusión de su Hércules. Intentando ganar tiempo fuera como fuese, se fue a buscar la lata y, ya abierta, se la ofreció al chiquillo. Inesperadamente, el niño aprobó con la cabeza, a lo cual Kurt replicó colmándole el plato. Con encantador entusiasmo, la criatura echó mano a sus cubiertos y se puso a comer con una habilidad sorprendente para su corta edad y a pesar de que apenas llegaba a la mesa.

Entonces comenzó el padre a examinarlo detenidamente.

*

El parecido entre ambos era sorprendente, casi espantoso. Igual eran también las manos, idéntica la forma de las orejas, análoga la línea del cuello. Era increíble.

El apetito, que era grande, acabó con la ración de piña tropical; Kurt volvió a llenar el plato y, advirtiéndole que el niño estaba incómodo, fue a la alcoba a buscar una almohada. Pero, al llegar ante el sofá, se sintió tan confuso que no recordó ya lo que había ido a buscar allí y se dejó caer en él.

El caos de sentimientos e ideas que lo embargaba le parecía desprovisto de razón, incluso ante sí mismo, pero consideraba incomprensible e incluso inhumano el sentimiento que se abría paso en él a través de todo y que era lo único que cristalizaba en él, y se iba convirtiendo en algo más definido. Empezaba a estar celoso de su hijo. Podía muy bien ser que se debiera al incidente de la piña tropical, pero el resultado era indiscutible.

Entonces se dio cuenta de que era padre, pero no de una, sino de dos criaturas, cosa que no modificaba en lo más mínimo el hecho de que hasta aquella noche no había sabido de ninguna de ellas. Uno de sus hijos era el intruso, y el otro, de bastante más edad, él mismo, cuya hegemonía peligraba. Permaneció largos minutos sin pensar en nada, mirando

fijamente, en la obscuridad, el rectángulo blanco de la puerta. Por último el dolor brotó de su boca como si le hubiesen clavado astillas en las encías, y sobreponiéndose por fin a su atontamiento, se dio unas palmadas en los muslos y se incorporó.

“Jamás oí decir que en minutos tan decisivos pudieran dolerle a alguien las muelas”, exclamó, enfurecido y, cogiendo un almohadón de piel, volvió al comedor.

Mientras tanto, el chiquillo había acabado con el contenido de la lata y, después de haber empujado el plato vacío hacia adelante, se había dormido tranquilamente con la cabeza reclinada sobre sus brazos cruzados. Conmovido, Kurt observó el pequeño cuerpo que descansaba rígido y le costó decidirse a abandonar aquella visión. Cuando la cabecita resbaló hacia una de las manos, el escultor volvió a la alcoba, encendió la lámpara y preparó un lecho sobre el diván. Luego, cuando levantó cuidadosamente al chiquillo para acostarlo, la cabecita se apoyó, soñolienta, en su hombro, y el corazón latió junto al suyo, provocando en él una emoción tan fuerte y nueva que se estremeció. Incluso le desapareció el dolor de muelas. Por fortuna, su aturdimiento se produjo junto al marco de la puerta, contra el cual pudo apoyar la espalda.

“Esto ya es demasiado para un solo día”, murmuró indignado, esperanzado, y prosiguió su camino como si aquella carga fuera infinita. Luego de algunas pequeñas dificultades logró desnudar al niño que gemía de sueño, aunque sonriendo, y que, cuando apagó la luz, ya había vuelto a dormirse. Entonces Kurt descorchó una botella de whisky, vertió unos cinco dedos sobre el hielo centelleante y lo bebió de un trago. Ni siquiera se dio cuenta de que no llevaba puesto el frac.

Primero trabajó con el gran escoplo, labrando la espalda, desaparecida aun, debajo del mármol, pero pronto se dio cuenta de que aquella labor, más bien física, no reclamaba suficientemente su atención; tenía la cabeza como una colmena en la cual se ha introducido una reina extranjera. Cambió, pues, de herramienta y, empuñando un escoplo fino, se puso a trabajar en las manos, que siempre representaban para él serias dificultades. Y entonces fue cuando se dio cuenta de que el negro había ya regresado y lo observaba fijamente, desde una distancia prudencial, balanceando, sin saber qué hacer con ella, la botella de leche.

—¡Ponla en algún lugar fresco! — Le gritó, casi furioso y añadió —: Sírvenme whisky y abre la ventana.

Mientras el negro obedecía en silencio, Kurt reclinó la frente sobre el pecho de mármol frío y pensó: “Debí haber nacido viento o mármol. Soy tan vulgarmente, tan higiénicamente egoísta... ¿Por qué habrá de resultar todo tan complicado?”

Harto de esperar con el vaso de whisky levantado, el negro carraspeó respetuosamente. La helada bebida mágica desapareció de forma fulminante en la garganta del escultor, que devolvió el vaso con un ademán tan inconfundible que el negro fue a llenarlo de nuevo.

—¿Cuántos años crees que tiene? — le preguntó mientras el caníbal se dirigía hacia la botella. Este se volvió y se detuvo un tanto pensativo; extendió horizontalmente la mano, apreció de memoria la estatura del chiquillo y, temeroso de decir algún disparate, articuló con dificultad, mientras desmenuzaba el hielo:

—Parece que cuatro o cinco años. Pero como se parece a usted, es posible que tenga menos.

El escultor bajó del andamio, frunciendo el ceño, preocupado, y se sentó en el entarimado que sustituía al pedestal.

—Lo mejor que podemos hacer es comérmolo mañana para almorzar. ¿Sabrías guisarlo?

El negro se quedó perplejo ante semejante proposición. Se le escapó el vaso de la mano y dio un golpe seco sobre la mesa. Miró fijamente a su amo con ojos tan abiertos que parecían blancos como la nieve. Pero su expresión no delató, por lo menos a un blanco, los sentimientos que la provocaban. Kurt no soportó mucho tiempo ni aquella mirada, ni su rigidez de ídolo: señaló el vaso con ademán imperativo. De súbito, el negro se volvió, se dirigió precipitadamente hacia la cama, extrajo de debajo de ella una larga bufanda de algodón amarillo, se la enroscó alrededor del cuello y, pasando ante su amo sin proferir palabra, salió y se perdió en la noche.

Cuando Kurt se dirigió hacia la mesa a buscar una copa se dio cuenta de que estaba completamente ebrio.

¡Viejo asno sentimental! Veo que acabarás componiendo canciones para Lucienne Boyer, en alguna de las calles adyacentes a los Campos Elíseos”, gruñó pensando en el negro.

En aquel instante se apagó la luz y, por la ventana abierta de par en par, llegó hasta allí la algazara de los barrios de abajo. Era medianoche y faltaba poco para que comenzara el año 1942. Como le molestara aquel ruido, Kurt cerró la ventana y se dirigió a tientas hacia su vaso. Aún no lo había alcanzado cuando volvieron a encenderse las luces. Notó con agradable sorpresa que tenía la mente embotada, que sus nervios se recogían en sus fundas protectoras, suaves como la caricia del terciopelo, y que sus pestañas pesaban por el sueño.

“Dentro de cinco minutos estaré durmiendo como una marmota. Mañana, con la cabeza despejada, decidiré sobre el futuro”, opinó.

Se bebió las pocas gotas de alcohol que aún quedaban en la botella. Se quitó los zapatos con los pies, apagó la lámpara y se dirigió de puntillas a la alcoba. Se tumbó sobre la cama sin desnudarse.

*

Al principio unos círculos de fuego comenzaron a bailar ante sus ojos y su lecho empezó a hundirse. Kurt estaba ya a punto de levantarse cuando la cama recobró su posición original. Los candentes aros metálicos empezaron a adquirir color y a transformarse en variadas figuras geométricas.

“De aquí partió Leger, aunque el verdadero precursor es Braque, si no lo ha sido el mismísimo Klee”, estableció, espantado. Entonces el lecho empezó a dilatarse, a ensancharse, a estirarse debajo de él, en las mismas proporciones en que advertía contraerse su cuerpo. Entonces, y aunque lo hubiese querido, ya no habría podido salir de la cama, pues el agigantado artefacto, cuyos bordes no alcanzaba con los brazos extendidos, bailaba sobre unas olas gigantescas. Entregóse, pues, a su sino, en espera de llegar a aguas menos alborotadas. En la medida que se lo permitían sus fuerzas, sólo deseaba empequeñecerse aún más, hacerse diminuto y tranquilo como el que reposaba cerca de él; aún más, si fuera posible.

El paisaje de cubos y pirámides empezó entonces a calmarse, condensándose lenta y rítmicamente en una composición rayada. También

se sosegó su furiosa agitación, convirtiéndose en algo tan regular que, por lo menos, resultaba posible valorar de antemano la profundidad de los hundimientos y la altura de las crestas. Los triángulos de color azulado palidecieron hasta blanquear como gaviotas. La nave dejó de mecerse e hizo rumbo hacia la ribera de color verde. Alguien lo cogió de la mano y lo llevó hacia la proa de la barca, donde los juncos verdosos de la orilla susurraban al ser rozados por la embarcación. En la ribera, un hombre con rubia barba imperial lo esperaba sonriendo y, al recibirlo en sus brazos, soltó una carcajada. El caballero de blanco sombrero de paja era el padre de Kurt; la que lo empujaba hacia la costa, a quien no veía y de quien sólo oía la risa detrás de él, era su madre: pero desaparecía ya, de regreso con la lancha. Tan sólo lo había llevado hacia su padre que estaba de vacaciones, al otro lado “del Danubio.

El bello señor barbudo, dentista vienés de moda, tenía su consulta en Schönbrunn, y, unos meses antes de nacer Kurt, llevaba aún una vida matrimonial ejemplar con una mujer con quien se había casado hacía poco. Los padres de Kurt, aunque también querían a sus hijos de modo ejemplar, se divorciaban a menudo, y en consecuencia se casaban también frecuentemente, según el buen gusto cultural del cambio de siglo.

Cuando Kurt tuvo diez años, disponía ya de tan respetable cantidad de padrastros que a su mente infantil le era ciertamente imposible recordar las relaciones que unían los unos a los otros. Así pasó meses y, luego, años enteros; unas veces en casas de unos matrimonios y otras en otros, sin aclarar jamás cuáles eran los lazos de parentesco que a ellos le unían.

Cuando Kurt fue por primera vez al colegio, sus pequeños compañeros lo acogieron como si llegara de un país de leyenda y lo consideraron desde el primer instante como su cabecilla. Pero esta elección no tardó en resultar equivocada, pues no sólo no gustaba Kurt de la compañía de los demás, sino que rechazaba siempre, aunque de la manera más correcta, toda tentativa de esta índole. Ya en los primeros días, durante una de las clases, se levantó de su banco y le pidió al maestro que lo dejase salir a pasear, pues no se sentía con ganas de estudiar ni de prestar atención. Siempre que podía, se escapaba para vagar por el Prater o por las orillas del Danubio, donde observaba las maniobras de los barcos blancos o de las almadías, y tuvieron que vigilar continuamente y con toda severidad cada uno de sus pasos.

Sus compañeros lo odiaban y admiraban a la vez, sin saber qué hacer con él, y aumentaba todavía más su sentimiento de impotencia el hecho de que siempre lograba salir a salvo de sus bromas vengativas y permanecer, no obstante, amable y franco, aunque se aseguraba con elegante cortesía los “tres pasos” de distancia.

Sus padres asociados le hicieron cambiar de escuela durante tres años seguidos hasta que, más comprensivos, optaron por buscarle un profesor particular. A partir de entonces, Kurt ya no puso los pies en ningún colegio excepto para examinarse.

Tenía nueve años cuando un primo de su misma edad descubrió ante él los secretos del amor y de la reproducción y hay que suponer que lo hizo sin excesivo tacto. Muchacho de gustos refinados y de un bello espíritu, Kurt sintió que se le revolvía el estómago cuando recibió aquella información drástica. Al llegar a casa, tenía ya mucha fiebre. Durante largos días guardó cama, enfermo, debilitándose sobremanera, pues su estómago no soportaba el menor alimento. Naturalmente, no contó a nadie la causa de su dolencia y, por su parte, se esforzó en no pensar más en ella.

Lo que hasta entonces había sabido de los asuntos de los mayores y de las cosas del amor había sido extraído principalmente de los vales y de las canciones de opereta, que abastecieron su creciente curiosidad y le proporcionaron datos sobre ojos, bocas, suspiros y, en casos más extremos, sobre corazones que latían al unísono. Desde luego, hacía ya tiempo que no creía en el cuento de la cigüeña, pero se imaginaba que las criaturas se iban formando debajo del corazón materno y, en todo caso, siempre al exterior de la superficie epidérmica. Por otra parte, no dudaba en lo más mínimo de que los preludios de todo aquello consistían en secretas declaraciones, en suspiros emitidos en las profundidades de algún que otro jardín alumbrado con farolillos y, a ser posible, con la discreta colaboración de algún vals vienes.

Con el transcurso del tiempo, fue haciéndose más y más misántropo y al mismo tiempo más hábil, esforzándose en evitar que la gente notase que lo cohibía o aburría, y si le sorprendían en su soledad, los recibía extrayendo de su ser una sonrisa tan limpia y azulada como la de su padre, en su consulta, después de alguna afortunada extracción de muelas.

Cuarta Parte

Empezó a “aborrecer” a las mujeres. Decidió permanecer soltero siempre y sus progresos en los estudios se hicieron cada vez más difíciles.

Tenía doce años cuando su profesor lo llevó por primera vez a un museo. Asombrado, anhelante de admiración, anduvo por entre los miles de cuadros sin lograr saciar su entusiasmo. Le pareció que ya sólo podría vivir allí, allí mismo, en aquel mundo de los colores y de los cuentos. A partir de entonces pasó domingo tras domingo en la pinacoteca hasta que, habiendo ya contemplado todos los cuadros, pasó por fin a la sección de escultura. El chiquillo se detuvo en el umbral, sobresaltado, y cuando sus ojos hubieron recorrido la legión de personajes desnudos que formaban fila a ambos lados de la larga galería, su semblante reflejó de repente dolor, rigidez y espanto. Dirigióse lentamente, vacilando casi, hacia un Hermes cercano y, de súbito, con todas sus fuerzas, le asestó un puñetazo en le entrepierna, y si bien logró quebrar un trozo del duro mármol, tuvo que pagar su acción a buen precio, pues, además de fracturarse tres falanges, hubo de ingresar en un sanatorio psiquiátrico para que lo sometieran a observación. No podía ni quería explicar los motivos de su acto, y permaneció allí unos seis meses bien contados. Estalló, entretanto, la primera guerra mundial. La estatua fue restaurada, lo que hizo más fácil la “intervención” paterna. Luego Kurt volvió a su casa porque el director de la clínica supuso que el chiquillo se hallaría bajo la vigilancia de sus padres.

Y siguió un año de mayor sosiego.

Kurt se dedicó con más afición a los estudios; incluso se examinó con éxito de dos cursos a la vez. Para mayor alegría de su padre, planeaba ya aprovecharse del verano para preparar un examen complementario que le permitiría ingresar en la Facultad de Medicina en cuanto hubiera terminado su bachillerato, pero un acontecimiento imprevisto echó por tierra el castillo de naipes de sus buenas intenciones.

No había cumplido aun catorce años cuando, en la primavera del 16, fue repentinamente alcanzado por el primer estremecimiento de la pubertad. Inesperada e incomprensiblemente, la naturaleza le agredió y él, aturdido, comprendió que no tenía salvación. Durante un par de semanas soportó el fuego de las noches en vela, la continua y terrible canción de la sangre, hasta que, una tarde, cogió la navaja de afeitar de su padre y poco faltó para que se mutilara.

El chorro de sangre y el dolor le hicieron lanzar un alarido enloquecido y abandonar antes de su conclusión aquella tentativa demencial. Nada caracterizó mejor la aguda inteligencia del excelente dentista como la feliz intuición que le hizo establecer cierta correlación entre los dos atentados que había llevado a cabo su hijo, lo que le decidió a encargarse personalmente del restablecimiento del equilibrio mental de Kurt, aunque tan noble y hermosa intención resultara, desde luego, precipitada, puesto que le concedieron la dirección de la sección odontológica de un hospital militar y, además, volvió a casarse.

Así fue como, en cuanto se le hubo curado la herida, Kurt volvió a ingresar en la ya conocida clínica. Durante semanas enteras sólo pudo permanecer en cama con las manos atadas, mientras le hacían inaguantables los días a fuerza de incesantes preguntas. Pero no había poder que le hubiese hecho hablar de cuanto se refería a su caso. Sus ojos sonreían como el azul de los lagos de la montaña, y se libraba de sus inquisidores fingiendo sentirse fatigado. Un buen día, intentaron recurrir a la hipnosis, y se rió tan abiertamente del prestigioso especialista que éste, por su gusto, le hubiese cruzado la cara. Volvía ya la primavera cuando acabaron por cansarse de él en la clínica psiquiátrica. Una tarde, el médico director le mandó llamar e intentó convencerlo con el tono suave, pero muy seguro, de los “iniciados”. Intentó convencerlo de que, al fin y al cabo, somos hombres y no estatuas de mármol o entes etéreos constituidos acaso con alguna substancia espiritual, creados por las Musas para su propia confirmación. También dijo algo más, de idéntico alcance filosófico; y él le dio su palabra de honor de que no repetiría su atentado, al día siguiente, Kurt estaba ya en camino del pabellón de caza que su padre tenía en el Tirol.